

Prácticas discursivas del antiguo régimen a las nuevas repúblicas: *Memorias curiosas* de Juan Manuel Beruti

Virginia P. Forace

UNMdP-CONICET

virginiaforace@yahoo.com.ar

Resumen

En el período de emergencia de la literatura nacional se encuentran ciertos textos, de carácter autobiográfico, que han sido abordados, principalmente, como fuentes historiográficas, y en las que se han relevado las costumbres, sociabilidad, construcción del Estado, etc., de ese momento. El hombre común, testigo de grandes transformaciones en su tiempo, se preocupa por registrar los sucesos excepcionales para generaciones posteriores (Prieto 1982, Jitrik 1998, Weintraub 1991). En este sentido, las conocidas –pero poco estudiadas– *Memorias curiosas* de Juan Manuel Beruti –que enumera los hechos principales que van de 1717 a 1855 en la ciudad de Buenos Aires– inician como una sucinta enumeración de los sucesos administrativos y políticos, pero pronto empieza a ganar terreno la figura del nombre propio, del *escritor*. En este sentido, serán de interés al presente trabajo las transformaciones descriptas por Beruti relativas a la forma de representación del poder, a sus signos exteriores y a su significado, para dar cuenta de un proceso mayor que instaura nuevos sentidos que se irán afianzando.

Abstract

In the period of emergence of our national literature it is possible to find certain texts of autobiographical character which have been studied mainly as historical sources, and which have revealed the customs, sociality and state construction (among other characteristics) of such period. The ordinary man, witness of great transformations of his time, is concerned with registering the exceptional events to be read by later generations (Prieto 1982; Jitrik 1998; Weintraub 1991). In this sense, the well-known –though barely studied– *Curious Memories* by Juan Manuel Beruti –in which the main events from 1717 to 1855 in B.A. are enumerated– begin as a succinct enumeration of administrative and political events but soon give place to the figure of a proper name, the *writer*. Along these lines, this paper will discuss the transformations depicted by Beruti in relation to the different forms of power representation and their external signs and meaning, in order to explain a greater process which establishes new ideas that will continue consolidating.

Los signos externos del poder

El período de transición entre el antiguo régimen y las nuevas repúblicas en América alcanza transformaciones profundas que van más allá de las revoluciones políticas: modificaciones en la sociabilidad, en los sistemas de producción de bienes simbólicos, en los espacios públicos,¹ en la forma de pensar(se) y representar(se) de los sujetos que viven este momento.

¹ Recordemos lo que propone, François-Xavier Guerra respecto de este concepto: “Por eso hemos preferido, frente al monismo de la ‘esfera pública’, la pluralidad de los ‘espacios públicos’. La esfera pública se entiende como un espacio abstracto e inmaterial, aun cuando una historia cultural de nuevo cuño, cuyos ecos encontraremos en varios

En este sentido, *Memorias curiosas*, de Juan Manuel Beruti constituye una importante fuente de valor documental. El texto recorre una época amplia y enumera hechos fundacionales, que van desde 1717 a 1855.² Un autor anónimo lo inicia y se propone realizar una sucinta enumeración de los sucesos administrativos y políticos ocurridos en el virreinato del Río de la Plata; en 1770, cuando apenas cuenta con 13 años, Beruti descubre este manuscrito y decide continuarlo. Hasta 1801, el texto conserva el estilo conciso de su primer creador, pero, a partir de mediados de ese año, comienza a incluir entradas mucho más extensas con pasajes narrativos, descriptivos y evaluativos que desbordan el discurso, el tono y el espíritu del autor anterior. Empieza, de esta forma, a ganar terreno la figura de escritor y la ficcionalización de los acontecimientos, especialmente a partir de la narración de la invasión de 1806.

Este afán de registro da cuenta de un fenómeno particular de esta etapa: el hombre común, testigo de grandes transformaciones en su tiempo y consciente de su impacto, se preocupa por registrar los sucesos excepcionales para generaciones posteriores (Weintraub 1991, Jitrik 1998). Beruti concibe así sus memorias –en principio, circunscriptas al ámbito privado–³ como un testimonio de las transformaciones profundas que conmueven a la sociedad colonial porteña en el orden político y social.

Estos aspectos serán objeto de particular observación por parte de este testigo, quien dejará un registro detallado en su práctica discursiva de cambios en la sociabilidad, en los imaginarios sociales⁴ y en la representación de los sujetos y las instituciones. Sus mutaciones serán variables y seguirán en parte el ritmo de las convulsiones políticas; este paulatino proceso podrá identificarse en todos los órdenes de la sociedad, incluso en sus signos más superficiales, como el ceremonial de actos públicos y la institución de nuevos espacios de sociabilización. En este sentido, serán de interés al presente trabajo las transformaciones descriptas por Beruti relativas a la forma de representación del poder, a sus signos exteriores y a su significado, para dar cuenta de un proceso mayor que instaure nuevos sentidos que se irán afianzando.

de los capítulos, ha abordado ya sus aspectos más palpables: los impresos, su difusión y su recepción, las prácticas de lectura, etc. La mayor parte de los espacios públicos que encontramos aquí son muy concretos: la calle y la plaza, el Congreso y el palacio, el café y la imprenta. Y sobre todo la ciudad, lugar por excelencia de la política. El público es aquí, ante todo, el pueblo concreto con toda su diversidad. [...] El abstracto espacio público moderno es todavía uno más de los espacios –muy reducidos en muchos casos– en los que se congregan, comunican y actúan los hombres” (Guerra1998: 10).

² Debe mencionarse que los registros de los años 1830 a 1842 se han perdido. El propio Beruti explica que en los años más violentos del rosismo, le entregó esos pliegos a su hijo para que los ocultara por temor a la mazorca y nunca los recuperó.

³ La publicación de las memorias de Beruti fue póstuma: José María Beruti, hijo de Juan Manuel, donó los manuscritos originales del texto al doctor Dardo Rocha el 28 de mayo de 1869. Los originales se conservaron en el archivo particular del fundador de la ciudad de La Plata sin hacerse de conocimiento del público durante setenta y tres años. En 1942, el hijo de Dardo Rocha, el doctor Carlos Dardo Rocha, lo entrega en préstamo a la Biblioteca Nacional de la República Argentina, para someterlo a la paleografía y posterior edición en la Revista del la Biblioteca Nacional (Buenos Aires, 1945, tomo XIII, pp. 1-31), donde sólo se publican los dos primeros volúmenes manuscritos y un sumario del contenido del tercero. En 1960, en el marco de las conmemoraciones por el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, el Congreso de la Nación Argentina dispone publicar cinco mil ejemplares de la Biblioteca de Mayo, Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina y el texto de Beruti, tal cual había aparecido en la Revista del la Biblioteca Nacional pasa a integrar dicha colección en el tomo IV, denominado Diarios y Crónicas.

⁴ Para un desarrollo completo sobre el concepto de imaginario social, véase Baczcó 1991 (1984).

La visibilidad y espacialidad del poder

¿Cómo se representa el poder en el orden colonial? ¿Cuáles son sus signos exteriores? Debemos recordar en primer lugar que esta sociedad gustaba de la representación pública del orden porque se cimentaba en él: en el antiguo régimen había lugares fijos de los cuales los súbditos no podían abstraerse, cierta jerarquía social que dependía de la monarquía y que establecía los privilegios y las obligaciones, el prestigio y el poder de los individuos (Myres 1999: 114). No debe extrañar, entonces, que Beruti manifieste como su primer interés permanente el registro de este aspecto; así, el pasaje del escueto registro a la narración y descripción de episodios ya referido es disparado por problemas en el protocolo: el testigo narra cambios en la etiqueta de la exhibición del estandarte real:

Hoy es la primera vez que el estandarte real no entró dentro del Fuerte a sacar al virrey ni Real Audiencia sino que llega únicamente hasta la puerta del rastrillo sin entrar dentro ni pararse, sino como de pasada [...]; estos privilegios ganó el Cabildo en la Corte, originados de una disputa que tuvo con la Real Audiencia (un año atrás [...]) en ausencia del virrey que se hallaba en Montevideo pues el Cabildo no quería, por no estar el virrey, entrar dentro del palacio y sacar a la Audiencia y ésta le compelió a la fuerza en que entrara y lo sacara como si el virrey estuviera imponiéndole para ello multas y amenazas en caso que no entrara. (42)

La anécdota no es poco significativa, como podría imaginarse; por el contrario, el autor la selecciona porque involucra un símbolo claro del poder, el estandarte real –que representa al monarca y sobre el cual se jura obediencia–, y dos corporaciones que se encuentran en pugna por su cercanía a él: la diferencia entre salir a encontrar la procesión que lo enarbola y que ésta se detenga e ingrese a buscar a un representante es relevante porque representa una distancia espacial y una jerarquía. Así, la modificación es una victoria del Cabildo, quien se iguala visual y públicamente con la Real Audiencia. Beruti es sumamente sensible a estas modificaciones porque, como afirma Jorge Myers, “mostrar el orden social equivalía a realizar su plenitud, a cimentar en el acto de su corporización ritual el conjunto de estaciones y funciones que componían la Monarquía” (129).

Otro episodio similar involucra al virrey y al Cabildo: el primero coloca un oidor en la Casa de Comedias, restándole autoridad al segundo; éste apela la orden remitiéndole el caso al rey y gana no sólo una rectificación, sino una reprimenda real hacia el virrey por no respetarlo. La relevancia de este evento no sólo impacta en las relaciones entre las corporaciones, sino también en la sociabilidad: el teatro era vigilado por el virrey; quien quería limitar las representaciones porque era un centro de entretenimiento del pueblo alto y bajo. Ya la iglesia había levantado acusaciones respecto de su falta de moralidad; ahora lo hace el virrey, pero más preocupado por los mensajes que pudiera publicar. La confrontación con el Cabildo, sin embargo, no proviene de este interés censor, sino de la presencia pública y abierta de un desafío a su autoridad: lo que importa es, nuevamente, la visualidad que adquiere cada poder.

Ambas victorias del Cabildo no son, a pesar de contar con la intervención del rey, una alteración substancial; dejan ver la constitución de un orden jerárquico que se representa espacialmente y que tiene cierta estabilidad: los problemas se resuelven dentro del orden, el cual nunca es puesto en cuestionamiento por sus actores. Muy diferente serán los conflictos y su resolución a partir de las invasiones inglesas, cuando la fragilidad del orden colonial será descubierta de forma violenta

e inesperada para la mayoría de sus habitantes. Halperín Donghi señala esta reacción y la explica: “...desde la perspectiva local, la pérdida del dominio de la ciudad, tomada el 27 de junio por el breve ejército de Beresford, es –a la vez que una inesperada catástrofe– un escándalo que espera ser explicado” (136). Es así como un indignado Beruti registra los hechos:

esta fatal y nunca esperada desgracia, por el universal espíritu de patriotismo, en defensa de la religión, soberano, y la patria, la ocasionó el ningún espíritu falto de pericia militar, o atolondrado miedo, que sin mayores fundamentos se apoderaron de la imaginación pusilánime del virrey marqués de Sobremonte [...]; una u otra refriega de corta consideración [se sucedieron], en las que acreditó el numeroso pueblo todo el valor que exige la guerra, cuyos hechos hubiesen hecho del todo victorioso a no ser la falta de aguerrida disposición de los mencionados jefes. (46)

La inicial derrota es un escándalo para Beruti por no sólo por la huída de la máxima autoridad, sino por el fracaso de los jefes militares para organizarse y por la jura de obediencia al rey inglés de las corporaciones. Es fácil entender cómo el poder se tambalea al fallar en sus funciones de protección y cómo, luego de la reconquista, los habitantes de la ciudad en Cabildo público se adjudican la capacidad de destituir a Sobremonte y nombrar a Liniers como virrey interino. Beruti no desconoce que esto constituye una violación del protocolo de mando, pero dedica varias páginas a justificar esta decisión y cubrir la elección con un manto de legalidad.⁵

A pesar de esta alteración, nada menor, en la sucesión de autoridades, las formas externas en las que se representa el poder no sufren modificaciones considerables; por ejemplo, dos habitantes que se destacaron en la defensa de 1807 reciben el honor de tener asiento en una misa en la Catedral, privilegio reservado para el virrey, el Cabildo y la Real Audiencia (sin contar las autoridades eclesiásticas); en la misma ceremonia, el estandarte real es colocado en el presbiterio como signo de su importancia; en las celebraciones públicas por la victoria, se colocan no sólo los bustos del rey y de la reina, sino “su correspondiente sitial, cojines, rica sillería y sofás” (Beruti: 76). Particular relevancia sigue teniendo en los festejos de 1808 la vestimenta de sus protagonistas: “El alferez real llevaba un famoso vestido ricamente bordado, que sobresalía a la Real Audiencia; Cabildo y demás tribunales, y señoría que lo acompañaba, con motivo de llevar en sus manos el real estandarte” (107). Esta diferenciación era habitual ya que la vestimenta ocupaba un lugar central como elemento de distinción social (Garavaglia 1999).

La relevancia del estandarte real como símbolo de poder y de legitimidad se mantiene incluso en periodos de crisis política; en la “asonada” de 1809, cuando el Cabildo se alza contra el virrey Liniers y exige la constitución de una junta de gobierno, se lo enarbola como garantía de la continuidad del poder: “...subiendo igualmente al Cabildo y tomando el real estandarte de San Martín y con el que se jura al soberano, sacándolo al balcón lo tremolan, diciendo: ‘Viva el rey Fernando VII, la patria y la Junta suprema’” (114). Este episodio no sólo conllevará el castigo físico hacia sus protagonistas –arrestados unos, desterrados otros–, sino también la reprimenda simbólica: Liniers castiga al Cabildo por su osadía retirándole el badajo a la campana de su torre, con la cual se convocaba al pueblo, silenciando de esta forma su “voz”.

⁵ Menciona, por ejemplo, los pliegos llegados desde Cádiz el 29 de junio que premiaban a Liniers con el grado de brigadier de la real armada, nombraban como virrey al gobernador de Montevideo y ordenaban que ante la ausencia del virrey, el oficial más antiguo y de más mérito, y no la Real Audiencia, debía reemplazarlo; gracias a esta modificación, Beruti justifica la desobediencia de la real cédula: como Ruiz, gobernador de Montevideo estaba prisionero de los ingleses junto a su ciudad, era necesario que Liniers mantuviera el poder.

Beruti es sumamente sensible al registro de los signos del poder y sus modificaciones o usos porque en esa sociedad de castas (Halperín Donghi 2009) el orden social estaba reflejado en el orden físico y espacial: círculos concéntricos de autoridad, cuán más cerca de él o de sus símbolos (como el estandarte real), más alto y distinguido era el individuo o corporación. El lujo en el espacio ocupado, como un dosel, un sitial acolchonado o un sillón, indicaba además la jerarquía de la posición. Estas prácticas externas no se debilitarán en el imaginario de Beruti, aunque si lo haga el poder que debe representar: las turbulencias del orden político colonial vividas entre 1806 y 1809 no atenuarán la fuerza de las representaciones sociales del poder.

Avances y retrocesos en la exhibición del poder

La revolución del 1810 intentará, sin demasiado éxito, suprimir las distinciones heredadas del régimen anterior: Beruti señala cómo la facción morenista será especialmente sensible frente a la continuidad de estas prácticas y el riesgo que supone representar a los miembros de la Junta con los privilegios de un soberano; es así que en diciembre celebra la publicación de un reglamento que prohíbe, entre otras cosas, las escoltas o aparatos que distingan a los gobernantes de los demás ciudadanos. El decreto anula “aquellos privilegios que por desgracia de la humanidad inventaron los tiranos” (Beruti: 155). Esto estará fundado en el novedoso imaginario de igualdad que intentará promover parte de la Junta.

A pesar de la inestabilidad política debido al enfrentamiento entre saavedristas y morenistas, el camino de transformación sigue este rumbo y en 1811 Beruti registra nuevas formas de sociabilidad, como la sociedad patriótica que se reúne en el café de Marco, “en cuya junta se tratan asuntos de buen gobierno, derecho público y felicidad de la patria” (163).

Además, el lenguaje con el que Beruti se expresa se vuelve más virulento respecto del antiguo orden –a quien condena por sus 300 años de despotismo– y de la facción saavedrista: “nos encontramos más oprimidos que en tiempos de los virreyes, pues éste no era sino un solo déspota y ahora son muchos” (167). Asimismo, comienza a exhibir la retórica ilustrada: los *déspotas* son los que oprimen al pueblo; los *ciudadanos* son los que deben gobernar; la *república* debe fundarse. Paulatinamente, entre 1810 y 1812, el lenguaje ilustrado y su imaginario se instalan en el discurso de Beruti; no hay que olvidar que, como explica Guerra, “en América las transformaciones más radicales se producen al ritmo mismo de la revolución: es en ese momento que los valores y los conceptos antiguos dejan de ser claros y objeto de un consenso general” (Guerra 1998: 11).

Si aún en 1811 se hacen magníficas celebraciones por el cumpleaños de Fernando VII y se sigue jurando en su nombre, o se mantienen ciertas prácticas del antiguo régimen, como la visualidad y orden del poder en los actos públicos, paralelamente se inicia lo que podríamos denominar como guerra simbólica: entre 1812 y 1813 se multiplican los signos exteriores de apoyo al nuevo poder, como la utilización de escarapelas y gorros frigos, el reemplazo del escudo español por el escudo de las Provincias Unidas en los edificios públicos, la acuñación de la moneda con nuevas leyendas patrióticas, la quema en acto público de la silla de tortura de la inquisición española, el retiro de la bandera española del Fuerte donde se reúne el gobierno, etc. Realmente relevante será el cambio de valoración de uno de los signos constantes en el periodo anterior, el estandarte real, en los festejos por el 25 de mayo de 1812:

El estandarte real que salía en paseo en este día [...] no ha salido ni saldrá en ningún año más, pues era dicho estandarte una señal de conquista, pero como ya nos vemos

defendiendo nuestra libertad e independencia, a virtud de representación del excelentísimo Cabildo, se ha derogado semejante costumbre y diseño de esclavitud. (213)

Este fervor revolucionario no encontrará, sin embargo, correlación en las prácticas políticas reales: la inestabilidad produce un reordenamiento en el gobierno y el Triunvirato es reemplazado en 1814 por el cargo de Director Supremo;⁶ “la concentración del gobierno en una sola persona, el director supremo, va acompañada del abandono ya definitivo del austero ideal igualitario que la junta se había fijado en diciembre de 1810” (Halperín Donghi 2009: 189). Es así que los antiguos privilegios regresan para ornamentar a los nuevos gobernantes y un decepcionado Beruti lo registrará con resentimiento:

Es digno de reflexión, las disposiciones anteriores, ver que Saavedra [...] por un decreto fuese despojado de los honores que disfrutaba de excelencia, escolta, etc., [...] por decir que era muy incompatible que un sistema liberal y de igualdad apareciesen todavía reliquias y perfumes e inciensos del antiguo despotismo; [...] y ahora vemos que la soberanía de las Provincias Unidas condecora con los mismo tratamientos, honores y distinciones a Posadas, contradiciendo aquel reglamento. (242 y ss.)

Estos signos restaurados, a pesar de que su brillo recuerda a tiempos pasados, no tienen el mismo estatuto: la debilidad e inestabilidad del poder político hace que la escenificación del poder parezca ahora más un deseo de continuidad, que la estabilidad de un orden; valiosa lección ha aprendido Beruti al respecto:

Es cosa digna de notarse, haberse visto salir de esta capital a dicho Alvear, con un acompañamiento y grandeza aún no vista, que parecía un soberano, y después no verlo nadie entrar por haber sido de noche, a oscuras y como escondido; esto es un ejemplar, para que ninguno se crea superior a otro y que no ha de caer, pues de un momento a otro no somos nada. (252)

El regreso, entonces, de los privilegios no tiene el mismo signo: si bien constituirá el inicio de lo que será el fracaso revolucionario y del tiempo de desorden político, los ciudadanos no los interpretarán como antes, pues el desprestigio del poder político corroerá no sólo a las facciones sino también al aparato simbólico que utilizaban para legitimarse. Si en el antiguo régimen la escenificación del poder en los actos públicos, el protocolo ceremonial, y los signos externos era la representación de un orden jerárquico estable que no se discutía, donde cada individuo conocía su lugar, en este periodo, anterior a la guerra civil abierta, estos signos sólo serán máscaras huecas sin valor real: la confianza de los ciudadanos como Beruti se ha perdido, y la decepción sólo hace que lean en esos signos intentos desesperados de aferrarse al poder. La credibilidad de lo visual desaparece siguiendo el camino de la credibilidad de la revolución.

Bibliografía

Altamirano, Carlos (director). *Historia de los intelectuales en América Latina: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz, 2008.

Baczco, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991 (1984).

⁶ Para un desarrollo completo de los problemas que se multiplican en este periodo posrevolucionario, véase Halperin Donghi 2009 (1972).

Beruti, Juan Manuel. *Memorias curiosas*. Buenos Aires: Emecé, 2001.

Chartier, Roger. *Escribir las Prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial, 1996.

Forace, Virginia. “Las huellas de la subjetividad: *Memorias curiosas* de Juan Manuel Beruti”. En VV.AA. (eds), *Actas del IV Congreso Internacional CELEHIS de Literatura*. Mar del Plata: Universidad de Nacional de Mar del Plata, Departamento de Letras, Centro de Letras Hispanoamericanas.

Gallo, Klaus. *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires: Eudeba, 2004.

Garavaglia, C. J. “Ámbitos, vínculos y cuerpos. La campaña bonaerense de la vieja colonización”. En Devoto, F. y M. Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires: Taurus, 1999, pp. 207-240.

Guerra, Francois-Xavier y otros. *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas: siglos XVIII-XIX*. México: FCE, 1998.

Halperin Donghi, Tulio. *Revolución y guerra. Formación De una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009 (1972).

Jitrik, Noé. “Autobiografías, memorias, diarios. Insomnes y oníricos. Sobre la crítica”. Disponible en: <http://www.literatura.org/Jitrik/njT2.html> [con acceso el 05/07/2010].

Kerbrat-Orecchioni, Catherine. *La enunciación de la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Hachette, 1986.

Myers, Jorge, “Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860”. En Devoto, Fernando y Marta Madero. *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires: Taurus, 1999, pp. 111-145.

Prieto, Adolfo. *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: CEAL, 1982.

Weintraub, Karl. “Autobiografía y conciencia histórica”. En Loureiro, Á. (coord.), *La autobiografía y sus problemas teóricos*. Suplementos *Anthropos* N° 29. Barcelona: Editorial Anthropos, 1991, pp. 18-33.